

Leo y releo los valores y principios del cooperativismo. Leo y releo lo que define a la web social. ¿Y qué deducción obtengo? ¿Habría leído Tim O'Reilly algo de cooperativismo cuando publicó su famoso artículo sobre la web 2.0 allá por 2005? Supongo que no, pero tras un ejercicio de agudeza visual, las diferencias entre web social y cooperativismo no son tantas.

Oportunidades de la Web social para las cooperativas



Julen Iturbe-Ormaetxe profesor de MU

Esta es una reflexión que siempre me hago cuando explico la web social a la gente que trabaja en las cooperativas. ¿Acaso no suenan bien palabras como participación, transparencia o cooperación? Pues esas mismas palabras son muy fáciles de encontrar en cualquier presentación sobre la web social.

Claro que la explosión del uso de las herramientas de la web social ha tenido dos momentos bien diferentes. Uno primero que nos explicaron en la teoría, pero que no fuimos capaces de confirmar con la práctica. Lo llamamos web 2.0 y alguien nos dijo que suponía que todo el mundo iba a ser hiperactivo en Internet porque era facilísimo. Para demostrarlo lo enfrentaron con la web 1.0, un conjunto de herramientas técnicas cuyo uso requería estudios superiores en alquimia informática.

Sin embargo, nuestro mundo cooperativo no se llenó de blogs, de wikis o de activos usuarios de herramientas de marcación social. No, más bien al contrario. Pareció que ese

mundo no era para las cooperativas. Porque el sentido último de la cooperativa, pegado a valores colectivos donde la unión hace la fuerza, sucumbía ante la pujanza del individuo.

Sí, la web 2.0 construyó un monumento a la individualidad. La revista Time terminó de rematar este ensalzamiento con una portada de tremendo efecto: cada una de nosotras, como persona individual, éramos quienes nos merecíamos el premio al personaje del año en 2006. Y eso quizá enfrió los ánimos. ¿Estamos encumbrando el individualismo frente a los valores de cooperación colectiva? ¿Cómo vamos a explicar la cooperación desde el individuo? Complicado, pero no imposible.

El auge de las redes sociales

Sin embargo, el segundo momento de explosión sí que es espectacular. Se trata del auge de las redes sociales en Internet. Ahora sí que no hay por dónde escapar. Como dice Lawrence Lessing, no vamos a encontrar el interruptor que apague Internet. Vivimos en modo online 24/24. Y si no lo hacemos, lo haremos. Nos estamos convirtiendo en productores de información digital, bien en forma intencional o en modo pasivo. Facebook entre los mayores y



Tuenti entre los menores se llevan la palma. Los datos no dan lugar al error: las personas se están socializando también a través de Internet. Y esto sí que requiere pararse –hasta donde sea posible– y otear el horizonte.

Las cooperativas han primado tradicionalmente el contacto cara a cara. De hecho la expresión máxima de su voluntad social requiere la concentración en un único lugar y al mismo tiempo. Pero la globalización lo pone difícil. ¿Cómo estar en el mismo sitio?, ¿cómo discutir acaloradamente de lo que incumbe a sus socios cuando el mundo los ha dispersado por su geografía más variopinta? Un consejo rector se percibe a sí mismo cuando comparte mesa y lo mismo sucede con un consejo de dirección. Pero el mundo se mueve. Y deja ante la cooperativa, como ante cualquier otra empresa, un complejo cuadro de amenazas y oportunidades.

Pues bien, ¿dónde coloca la cooperativa a Internet en su DAFO particular? ¿Y si aunque la web social llega repleta de supuestos valores de transparencia y participación, la cooperativa la percibe como una amenaza? Podemos estar en un punto así. La “locura” que rodea a este universo de herramientas que se recrean cada mañana a base de nuevas versiones y funcionalidades

Este universo de información digital no puede contenerse con hormigón reforzado. No sirve de nada. No queda sino tratar de usar las posibilidades que encierran unas herramientas que, al margen de tecnicismos, hablan nuestro lenguaje cooperativo.

es un golpe duro de asimilar. La web social provee inquietud y desasosiego. Simplemente, al no comprender el sentido global y la interacción de sus partes, provoca un aumento de las defensas antiaéreas. No, por si acaso, mejor levantamos murallas defensivas.

Pero este universo de información digital no puede contenerse con hormigón reforzado. No sirve de nada. No queda sino tratar de usar las posibilidades que encierran unas herramientas que, al margen de tecnicismos, hablan nuestro lenguaje cooperativo.

Hace poco Henry Mintzberg publicaba un artículo en Harvard Business Review titulado Reconstruyendo las empresas como comunidades[1] y en él citaba a MONDRAGON como un ejemplo. Comunidad y web social van de la mano. Las herramientas de la web social buscan la construcción de comunidades sólidas, donde el sentido de pertenencia se expresa a través de la participación. Más que hablar de “pertenencia” se habla de “participación”. Eres de donde participas. Pero, ¿no es eso algo con lo que cualquier socio de una cooperativa debiera sentirse cómodo?

Desaprender para crear

También es cierto que todo este laberinto de nuevas herramientas chocan con otra realidad. Requieren cierto desaprendizaje. Nuestras competencias de lectoescritura

han fluido mediante la repetición: escribimos y leemos en forma lineal. Mientras, Internet se construye en un plano hipertextual. El libro, de repente, no dispone de un único guión. Cada cual puede encontrar su guión, cada cual lo lee tomando decisiones sobre cuándo saltar a otro texto. Sólo tendrá que hacer click en un enlace. Y, claro, esta nueva forma de leer –y ahora también de escribir– choca con los hábitos de muchos años.

Así pues, parece que el cooperativismo navega en aguas cercanas en lo conceptual a la filosofía de la web social. Y, sin embargo, choca contra prácticas establecidas de gestión y de aprehensión de la realidad. De ahí que debamos ser imaginativos a la hora de diseñar la forma en que navegar por ese escenario. Las fronteras entre “lo de dentro” de la cooperativa y “lo de fuera” cada vez van a ser menos reales.

¿Cuántas personas trabajan con ordenadores portátiles? Entonces, si son portátiles, ¿cómo los vamos a anclar al horario y a la geografía de las cooperativas? Los ordenadores portátiles se mueven con las personas, dentro y fuera de los límites de seguridad establecidos por cada empresa.

La web social cambia algunas reglas. Cada vez es más fácil transparentar a una organización. Lo quiera o no. Google es el gran hermano que hace de intermediario en este mundo hiperinformado. Entre tanto exceso, Google provee la herramienta que permite sacarle partido: hay que saber buscar. No es tanto que la sociedad se haga más transparente de forma intencional sino que no le queda más remedio que aceptar que hay un nuevo jugador en la mesa que es capaz de devolver una información que estaba tapada por toneladas de escombros. ■

(1) Mintzberg, H. (2009). Rebuilding companies as communities. Harvard Business Review. <http://hbr.harvardbusiness.org/2009/07/rebuilding-companies-as-communities/ar/1>

Las coops en la red

Las cooperativas pueden y deben jugar un rol activo en la web social. En tanto que su modelo de gestión puede mostrar una filosofía muy cercana a esta nueva forma de colaborar en Internet. La palabra “social” define bien a la web 2.0. De hecho en muchas ocasiones reemplaza a lo “2.0”. ¿No se siente cómoda una cooperativa cuando Internet se socializa más? Parece que hay un nuevo reto: incorporar prácticas de trabajo acordes con la forma en que las personas se están socializando. No es fácil, porque, como decíamos antes, hay que desaprender. Y eso cuesta.

Terminamos con una última reflexión asociada a la idea de que hoy “no podemos no estar en Internet”. En nuestras manos está determinar la forma en que estar y ser en Internet. En realidad, sí que hay elección. Se puede estar por lo que los demás dicen de ti o por lo que tú y tus actos dicen de ti. Tú decides cómo estar presente en Internet. Como persona y como cooperativa.